

Jornades de Qüestions Pastorals

Castelldeaura (Barcelona). 28-29 Enero de 2002

+ Kamal-Hanna Bathish
Obispo Auxiliar de Jerusalén

El Sacerdocio real
y su relación con el Sacerdocio Ministerial
en Tierra Santa

Introducción: El sacerdocio real de los laicos en la S. Escritura

“Los cuatro seres vivientes y los veinticuatro ancianos se postraron delante de1 Cordero. Tenía cada uno una cítara y copas de oro llenas de perfumes, que son 1as oraciones de 1os santos. Y cantan un cántico nuevo diciendo: Tú eres digno de tomar e1 libro y de abrir sus sellos, porque fuiste degollado y compraste para Dios con tu sangre hombres de toda raza, lengua, pueblo y nación; y has hecho de ellos para nuestro Dios un Reino de Sacerdotes, y reinan sobre toda 1a tierra” (Ap 5, 8-10).

La Sagrada Escritura nos habla de gente de toda raza, procedente de cualquier pueblo y nación, unidos por la misma ley moral y social, y constituidos como una sola nación redimida por el Cordero inmolado, al precio de su preciosísima sangre. De este modo, Cristo hace de ellos un reino de sacerdotes que deben, como el Cordero y junto con él, ofrecerse a sí mismos en sacrificio de alabanza y de adoración a Dios.

“Viviendo 1a verdad con caridad, crezcamos en todo hacia aquél que es la cabeza, Cristo, de quien todo e1 Cuerpo –compacto y unido por todas 1as articulaciones que lo sostienen según la energía correspondiente a cada miembro– va consiguiendo su crecimiento para su edificación en la caridad” (Ef 4,16). Es obvio que, en este pueblo, todos son llamados a trabajar y a colaborar según la verdad en la caridad para edificar el cuerpo de Cristo, de quien cada uno es miembro útil y operativo. No podemos decir de nadie y que nadie diga de sí mismo: *“Eres inútil”* o *“No tienes ninguna función que cumplir”*. Todos, a fin de realizar las exigencias de su bautismo, deben obrar en beneficio de la santificación de todos y del mundo, pero siempre *“según 1a verdad”* de su identidad y de las condiciones de su propia llamada, y *“en 1a caridad”* al relacionarse con los demás y con su vocación. Este es el modo de realizarse la colaboración de todas las juntas y la energía de los miembros.

Podríamos recordar aquí otro texto de S. Pablo a los Corintios: *“De1 mismo modo que e1 cuerpo es uno, aunque tiene muchos miembros, y todos los miembros del cuerpo, no obstante su pluralidad, forman un sólo cuerpo, así también Cristo. Porque todos hemos sido bautizados en un mismo Espíritu a fin de formar un sólo cuerpo... Si dijera el pie: Puesto que no soy mano, no soy de1 cuerpo... Y si el oído dijera: puesto que no soy ojo no soy de1 cuerpo... Sin embargo, Dios puso los miembros del cuerpo de modo diverso según su voluntad... Ahora bien, muchos son los miembros, pero uno sólo el cuerpo ” (1 Cor 12,12-13,15,18,20).*

Sin embargo, es San Pedro quien nos ofrece el texto que revela explícitamente los elementos de esta participación en el Sacerdocio de Cristo. Con

frase dirigida al pueblo cristiano y con palabras escogidas, lo describe como sacerdocio real, aunque muchos solemos llamarlo común. Deberíamos leerlo atentamente y meditarlo con frecuencia. Dice San Pedro: "Vosotros sois linaje escogido, sacerdocio real, nación santa. pueblo que Dios ha adquirido en propiedad, para que proclaméis las maravillas de Aquél que os llamó de las tinieblas a su luz admirable" (IPet 2,9).

Como se ve, no se trata de un favor particular hacia uno u otro de los fieles, sino que compete a todos los cristianos, por el simple hecho de que todos han sido adquiridos por Dios, una adquisición realizada por medio de la inmolación del Cordero, es decir, por la muerte redentora de Jesucristo. Así como el sacrificio del Cordero se nos aplica al recibir el sacramento del bautismo, este mismo sacramento nos hace también partícipes del sacerdocio real inherente a la plenitud del ser cristiano. En efecto, el cristiano, en cuanto bautizado, queda incorporado en Cristo, víctima y sacerdote de la Nueva Alianza. Por tanto, todo bautizado debe participar de este sacerdocio: es llamado y obligado a santificarse y a santificar el mundo, mediante la renuncia a sí mismo, a través de la propia inmolación con Cristo. Si ninguno, por tanto, puede atribuirse el privilegio y, menos aún, el monopolio de este sacerdocio, ninguno debe desentenderse del deber de santificarse y de santificar el mundo. "*Santificaos pues y sed santos porque yo soy santo*" (Lv 1 I, 44,45: 19,2: 20,7,26; 21,6,8) repetía Dios en particular a los sacerdotes y levitas del Antiguo Testamento. En Cristo somos todos ahora sacerdotes y levitas. Jesús, tras haber enunciado sus varios preceptos de perfección cristiana, nos lo impone de nuevo de modo más general con el fortísimo mandamiento: "*Sed vosotros perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto*" (Mt 5,48).

Así pues, también los sacerdotes somos fieles antes que nada y partícipes del sacerdocio real como todos los cristianos. Si después Dios, en su bondad y para el servicio comunitario del sacrificio y a través del ministerio de la gracia mediante los sacramentos y su palabra, nos elige y nos llama con una vocación particular al sacerdocio ministerial, debemos saber que este insigne privilegio, a la vez que nos otorga facultades inauditas, nos impone exigencias y obligaciones que miran al servicio y a la dirección del pueblo de Dios que es la Iglesia.

I - El Sacerdocio real de los laicos en la vida de la Iglesia

1) El Sacerdocio de los laicos en vida

Hoy día, especialmente a partir del Concilio Ecuménico Vaticano II, se habla mucho del sacerdocio de los laicos. Abundan los documentos oficiales del Magisterio de la Iglesia. Tanto en ambientes laicales como clericales, parece estar de moda hablar de la misión del laicado y del sacerdocio de los laicos. Alguno podría suponer que la Iglesia ha descubierto este don recientemente. En cambio lo vemos ya en acción en los inicios de la Iglesia primitiva en Jerusalén. Basta pensar en la *institución del Diaconado*, que surgió como un ministerio, en la Comunidad cristiana, para proveer al servicio del sostenimiento de los necesitados, de las viudas, etc., de modo que los apóstoles quedaran libres para la oración y el anuncio de la Palabra.

Los Apóstoles dijeron: "*No es conveniente que nosotros abandonemos la palabra de Dios para servir las mesas. Escoged pues, hermanos, de entre vosotros a siete hombres de buena fama, llenos de Espíritu y de sabiduría, a los que*

designemos para este servicio. Mientras, nosotros nos dedicaremos asiduamente a la oración y a1 ministerio de la palabra” (At 6,2-4).

Era corriente que los apóstoles buscaran la compañía de algún cristiano en sus viajes apostólicos, o bien que recurrieran al servicio de algún fiel prudente para un encargo determinado, como vemos claramente en el ejemplo de San Pablo, que acude a Timoteo, Marco y a otros conversos al Cristianismo... Igualmente, a lo largo del tiempo y según las necesidades, especialmente a partir de las grandes persecuciones, la Iglesia siguió recurriendo a los fieles para el cumplimiento de algún servicio determinado: la atención a los enfermos, por ejemplo, o a los que hoy llamaríamos ministros extraordinarios de la Eucaristía, etc. Todavía conservamos fresco en la memoria el recuerdo del tiempo áureo de la “*Acción Católica*” general o particular según las diversas categorías del pueblo, durante la primera mitad del siglo XX: en Italia dio lugar a la “*Democracia Cristiana*”; en Francia lanzó los movimientos en favor de los obreros, incluso con “*Sacerdotes obreros*”; y así sucesivamente. Tampoco olvidamos otros medios de apostolado como los “*Oratorios*” (con el gran campeón de esta obra: S. Felipe Neri, en Roma)* o las varias formas de “*Clubs*”; de Asociaciones parroquiales, etc.

Por gracia de Dios y simultáneamente a la Acción Católica, hemos visto surgir una gran floración de laicos, consagrados y no consagrados* que ya sea pública y oficialmente, o bien de modo privado y voluntario, durante un determinado periodo de tiempo o definitivamente, se han dedicado a la vida de santidad y de edificación cristiana en el mundo o a un servicio en la Iglesia, en su patria o en una misión extranjera, según el espíritu de Cristo. La Iglesia no puede sino alegrarse de la existencia de los diversos “*Movimientos*” e instituciones seculares que han surgido y que se muestran tan activos en la tarea de la cristianización de la sociedad civil en la que viven. Varios de sus fundadores o miembros han sido ya elevados a la gloria de los altares, mientras otros trabajan aun en la tierra o bien son desconocidos, pues viven su entrega en privado, en su vida cotidiana y lejos de la publicidad.

Como confirmación de lo anterior, querría mencionar una breve lista de laicos que influyeron en su propia época. Me limitaré a citar sólo algunos nombres famosos, que constituyen una bella corona de gloria para el Cristianismo hasta nuestros días. La lista podría ser interminable.

a) *En la vida familiar*: La *Virgen María Santísima* - La *Madre* de los 7 hermanos Macabeos - *Santa Mónica* (Madre de S. Agustín) - Tantos Padres y Madres de familia que viven la vida simple y normal de todos, coma: las padres de S. Teresa de Lisieux - Los Cónyuges *Luigi* (1880 Catania - 1951) y *Maria Corsini* (1 ~8~1 Florencia - 1965) *Beltrame Quattrocchi*, casados en Roma el 25-11-1905; beatificados por Juan Pablo II el 21-10-2001.

b) *En la sociedad y en e1 mundo político*: Tomás Moro (Inglaterra, Canciller y mártir por su fidelidad a la fe en su profesión de político bajo Enrique VIII) - *Charles de Gaulles* (Francia, Presidente, militar y político) - *Konrad Adenauer* (Canciller de Alemania, gran político) - Los tres políticos italianos cuyas causas de beatificación están iniciadas: *Alcide de Gasperi* (famoso político y Primer Ministro) - *Giuseppe Lazzati* (Profesor, Magistral periodista y político) - *Giorgio Lapira* (Alcalde de Florencia)

c) *En e1 campo de 1a Filosofía y de la Literatura*: *Jacques y Raïssa Maritain* (Gran filósofo cristiano francés de signo marcadamente neotomista) - *Etienne Gilson*

(filósofo cristiano francés) - *Jean Guittton* (Filósofo cristiano francés) - Châteaubriand (Escritor francés) - *Dante Alighieri* (el poeta clásico italiano más estudiado, así como, se puede decir, también teólogo laico italiano más citado) *Charles Péguy* (conocido poeta francés) - *Pau1 Claudel* (el gran poeta francés del s. XX, converso al Catolicismo) - *Gilbert Keith Chesterton* (Inglaterra, gran escritor inglés)

d) *En el campo de 1as misiones:* Doctor *Raou1 Follereau* (Francia, se dedica a una misión en África entre los leprosos)

e) *Con mandato de la Iglesia:* el Beato *Josemaría E.scrivá*, Fundador del “*Opus Dei*”; que posiblemente será canonizado en el transcurso de este año 2002 - el Beato *Bartolo Longo*: (Italia, Fundador y animador del Santuario de Pompeya, quien siendo ya anciano se casa y transmite a su esposa su mismo celo) - el Beato *Pedro Poveda* (+1936), fundador de la “*Institución Teresiana*” (1911) en España junto con la Beata *Victoria Díez*, profesora y miembro de la misma Institución, y *Josefa Segovia*, la Cofundadora, cuya causa de beatificación está abierta - Mons. *Luigi Giussani*: aún en vida y acompañado por el movimiento para laicos “*Comunión y Liberación*”, muy activo en la vida de la sociedad cultural, política y económica de Italia así como en muchos otros países - *Chiara Lubich*: (Italia, *Los focolari*) iniciadora del movimiento de los “*Focolarini*”, que descubre la santificación del laico en su vivir la comunidad. En 1991, en Brasil, ante la pobreza del pueblo concibe el sistema conocido como economía de comunión, tan extendido y apreciado por todo el mundo, que le mereció dos títulos universitarios *honoris causa* en Lublin y en San Pablo, Brasil -*Jean Vannier*: con su comunidad de las “*Arcas*”; que se ocupa de las retrasadas. Aún activa -*Frank Duff*, (Irlanda) fundador de la “*Legión de María*”; tan meritorio en el campo del apostolado y de las misiones

f) *En e1 campa de 1a ética social:* Dame *Cecily Sanders*:~ (Inglaterra, Movimiento hospitalario: Pro Vida, contra la eutanasia) – Prof. *Scansbrick*: (Inglaterra, Movimiento Pro Vida, contra el aborto) - *Dorothy Dea* (USA: en favor de la enseñanza social de la Iglesia y derechos de los trabajadores)

g) *Para el apostolado de 1a enfermedad:* *Marthe Róbin*.- (Francia) con la “*Asociación Notre Dame*”

Sin estos y tantos otros nombres similares, la Iglesia habría sido privada de muchos hijos e hijas ejemplares, que le proporcionan sangre cristiana pura y vitalidad siempre nueva, para hacer frente a tantas solicitudes y problemas de la vida en este mundo. ¿Cómo no alegrarse en Cristo con las nuevas instituciones, movimientos y pías asociaciones de laicos que trabajan para llevarlos hacia la santidad y el apostolado en su estado secular, en el seno de la sociedad? El Señor sabe mejor que nosotros remediar y hallar la respuesta adecuada a lo que hoy llamamos la crisis de las vocaciones al sacerdocio y a la vida religiosa. La obra de la santificación del mundo, que fácilmente consideramos reservada al clero y a los religiosos, es en realidad y debe serlo siempre, obra de todos los fieles cristianos que constituyen la Iglesia de Cristo en el mundo. Este espíritu cristiano vivido en su vida cotidiana, que los laicos transmiten a sus iguales de un país a otro, es precisamente el fundamento del papel de los laicos en la penetración intercultural, en la vida del Espíritu y en la actividad del Cristianismo. Todo esto demuestra cómo el Espíritu de Cristo, que descendió el día de Pentecostés sobre los primeros discípulos de la Iglesia, sigue acompañándola, según la promesa del Señor, en su camino a través de los siglos y de los cambios históricos, y le inspira lo que

responde a las exigencias de su misión en el mundo: *“He aquí que yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin de 1 mundo”* (Mt 28,20).

2) El sacerdocio ministerial y el real: sacerdocios complementarios

Este despertar espiritual y apostólico de los laicos *no debería suscitar envidia o temor*, ni impulsar a tratar de limitar su libre actuación. Al contrario nos sentimos entusiasmados con su camino personal y su misión apostólica, pues los laicos son los ministros complementarios en la evangelización y en la misión, como complementarios son el sacerdocio ministerial y el sacerdocio real. El Señor nos llama a todos, a cada uno en su puesto y según el don recibido en el bautismo y en su vocación particular. La misión de los laicos completa y agiliza la nuestra. Nosotros debemos atraer y administrar la gracia de Dios, particularmente por medio de la enseñanza y de los sacramentos, mientras ellos se esfuerzan por abrir y preparar el mundo para que reciba y disfrute del don de Dios que nosotros transmitimos. Así nos lo recuerda el Salmo 84,12-13: *“De 1a tierra germinará la verdad, desde los cielos despuntará 1a justicia. Porque e1 Señor otorgará bienes, y nuestra tierra producirá sus frutos”*. Quiere decir que la verdad -y no olvidemos que *“Cristo es la Verdad”*-, no germinará y no vivirá en la tierra si no es enviada desde el cielo la justicia, es decir, la santidad por medio de sus ministros, los sacerdotes del Señor. El Señor hace llover desde el cielo su gracia y su benevolencia sobre buenos y malos para que la tierra pueda dar su fruto de bien.

Como se ve, los sacerdote trabajan a modo de “deducción”, es decir a partir del don de la gracia recibida de lo alto, de Dios, que tratan de transmitir al mundo, a sus hermanos, para santificarlos y así santificarse también ellos. Los laicos, por el contrario, siguen la vía de la *“inducción”*: comienzan desde el mundo en el que viven, procurando liberarlo de sus problemas y de su miseria para dirigirlo hacia el bien, al fin de capacitarlo a recibir la gracia que lo santifique y así santificarse ellos. He aquí cómo uno completa al otro con las dos vías del saber, así se ayudan y se facilitan recíprocamente su tarea y misión respectivas.

Los sacerdotes, los religiosos y las religiosas son llamados gratuitamente por la bondad de Dios, mediante una vocación especial, a consagrarse en el sacerdocio o en la vida religiosa. Tras una larga preparación y una adecuada educación que les capacita para ello, tratan de comunicar el espíritu, las gracias y los efectos de esta consagración suya a los hermanos y al mundo. Debida a esta formación nuestra tan necesaria, a veces –no hay que avergonzarse de confesarlo sinceramente– nos cuesta entender y adaptarnos a las circunstancias y a 1as condiciones en las que viven los fieles laicos, para transmitirles los beneficios de nuestra vocación y de nuestro ministerio.

Los laicos, por el contrario, atraídos por los problemas e interrogantes que encuentran en su vida cotidiana, comienzan, consciente o inconscientemente en virtud de su bautismo y de su sacerdocio real, a vivir y a infundir la vida de la gracia en el mundo, es decir, en su propio ambiente, en su profesión, trabajo y actividades, en todo aquello que viven y hacen. También ellos, con frecuencia, encuentran muy difícil informar su comportamiento cotidiano con el espíritu y las virtudes cristianas. En ocasiones, esta continua tensión puede llegar a desembocar en su consagración personal, como otro modo de alcanzar la santidad. No importa si esta consagración es pública y manifiesta, o si los laicos que la reciben son conscientes o no. Es un hecho que algunos terminan por hacerse sacerdotes o religiosos o incluso fundadores.

La conciencia de que nos cuesta adaptarnos a las circunstancias de los fieles y la dificultad de los laicos para mantener el espíritu cristiano en los detalles de la vida ordinaria será, al menos, una ocasión propicia para esforzarnos por buscar, con la ayuda del espíritu de Cristo en nosotros, la solución a muchos problemas.

Nos corresponde a los sacerdotes saber *individuar y discernir la vocación y el carisma de los laicos* en el ejercicio de su sacerdocio real, para poder estimularlos y orientarlos en 1a dirección buena y recta. Esto forma parte de nuestra misión. No somos los amos del mundo y de la salvación, somos solamente sus ministros y siervos. Ellos esperan nuestro buen ejemplo, el de quien sabe lavarles los pies para darles alivio y descanso, para ayudarles a caminar más expeditamente.

Seamos agradecidos a1 Señor, que suscita en los laicos este espíritu. Así el mundo camina hacia el bien, hacia la gracia y la perfección exigida por Cristo, hacia la santidad. El mundo no puede mejorar sin los laicos. Son ellos los que viven en la masa del mundo, con todo lo bueno y lo malo. El mundo no se salvará sin ellos: *“En efecto, sabemos bien que 1a creación entera gime y sufre con dolores de parto hasta el momento presente. Y no sólo ella, sino nosotros, que poseemos ya los primeros frutos del Espíritu, también gemimos en nuestro interior aguardando la adopción de hijos, la redención de nuestro cuerpo”* (Rom 8,22-23). Jesucristo ha venido a salvar a la humanidad en primer lugar, es decir, a nosotros *“que poseemos ya 1os primeros frutos del Espíritu”* y por medio de nosotros será salvada también la creación.

Atraigamos y preparemos a los laicos para su vocación. Me atrevo a decir aún más: empujémosles a realizarla, según el don de su sacerdocio real. Hagámosles conscientes de su misión apostólica, como Jesús, que *“designó a otros setenta y dos discípulos y los envió de dos en dos delante de él a toda ciudad y lugar a donde él había de ir”*(Lc 10,1). Como en el caso de los sacerdotes, el sacerdocio real no se ha dado a los laicos para que la escondan bajo tierra, ni para su bien personal, sino para que lo hagan rendir y producir frutos de gracia y de santidad en el mundo. Encaucemos su celo para sin apagarla. Digamos con San Pablo: *“Con tal de que de algún modo... Cristo sea anunciado, yo me alegro y me seguiré alegrando”* (Fil 1,18).

Desearía que todos los laicos llevaran el Evangelio a su propio ambiente, familiar, social y profesional, para que Cristo sea conocido y se extienda el Reino de Dios por toda el mundo. ¡Ojalá todos fuesen catequistas, todos profetas, todos doctores para el reino de Dios! Ojalá sepamos enseñar a los laicos, sugiriéndoles tareas que puedan cumplir, empezando por las fáciles y menos costosas en torno a la iglesia, al altar y a la parroquia, durante un periodo determinado, antes de pasar a responsabilidades y compromisos más exigentes según su capacidad y disposiciones. En lugar de estorbar nuestro deber de anunciar la palabra y de santificar a las almas, serán ellos los que nos preparen el terreno para agilizar nuestra misión. Tendremos una comunidad cristiana más auténtica, porque estaremos todos animados por la misma caridad y el mismo celo de Cristo.

II - El Sacerdocio real de los laicos en la Tierra Santa

Si sería difícil describir la situación y la actividad del sacerdocio real de los laicos en algunos países, donde la Iglesia se encuentra en los inicios de una nueva etapa de su historia, más ardua resulta esta tarea cuando se trata de la Iglesia en

Tierra Santa, debido a la confluencia de realidades históricas, civiles y religiosas, así como a costumbres y usos regionales.

Sin embargo, por una extraña paradoja, puedo afirmar desde ahora que, si bien esas realidades han supuesto grandes obstáculos en el desarrollo y promoción del sacerdocio real de los laicos, también es cierto que han suscitado fuertes motivaciones para impulsar a éstos y al clero hacia una lenta, seria y sana toma de conciencia de la riqueza de su sacerdocio real.

No quiero atribuir a tales obstáculos, por tanto, un valor puramente negativo, pues la historia enseña que también han ejercido un papel positivo en la educación de los cristianos: Además de cierto impedimento, han supuesto una fuente de motivación, lejana y a la vez cercana, fuerte y a la vez débil, para suscitar una reacción que el tiempo contribuyó a formar y a rectificar para llegar a una meta que implica un delicado equilibrio.

Más que de obstáculos prefiero hablar de ciertos elementos históricos, civiles y eclesiales, especialmente importantes para comprender la situación actual de la Iglesia en Tierra Santa. Trataré de delinear rápidamente algunos de ellos, antes de describir el despertar actual y la toma de conciencia que va teniendo lugar. Por ser Tierra Santa una tierra única en el mundo por su valor religioso, internacional y geográfico, no debe sorprendernos la originalidad de sus condiciones históricas, sociales y eclesiásticas. Tratemos, más bien, de comprenderla a fondo, pues nos interesa a todos, ya que se trata de la Iglesia Madre de Jerusalén.

1) Elementos histórico-civiles

a) *Un país bajo constante ocupación*: Resulta extraño poder afirmar que Tierra Santa, que hoy se extiende por Israel, los territorios palestinos y la parte Este de Jordania junto al río Jordán, ha estado durante siglos, hasta 1945, bajo la ocupación de algún poder extranjero, bien sea romano, bizantino, árabe, turco o británico. Siempre ha dependido de otro país lejano, que la regía mediante un gobernador enviado *in situ*. Basta mencionar el “*Régimen Turco*”; que determinó la suerte actual del país y que, después de cuatro siglos, concluyó con el final de la Primera Guerra Mundial, dando paso en 1918 al “Mandato Británico”: En aquella época, el Sultán turco gobernaba desde el lejano Estambul y regulaba las situaciones y los problemas a base de “*Decretos-Ley*”: Los habitantes de Tierra Santa sufrían la situación que les era impuesta, sin la menor posibilidad de participación en las decisiones. Para lograr cambiar alguna cosa era preciso pasar a través de las jerarquías eclesiásticas, que realizaban también el papel de representantes oficiales ante el poder político. Las jerarquías eclesiásticas, a su vez, no disponían de otra vía para ser escuchadas por el Sultán que la de acudir a algún poder extranjero oficialmente reconocido como su protector.

Es muy importante saber que, a nivel local, el poder gobernante aceptaba que la jerarquía eclesiástica designara sólo un sacerdote delegado, con el título de “*Padre espiritual*”, para tratar cuestiones de los fieles. Esto explica la dependencia de éstos, para casi todo, de sus párrocos y de este Padre espiritual, así como la costumbre de ver en el párroco a su autoridad no sólo espiritual sino también temporal, es decir, la única persona responsable a quien acudir en sus necesidades. ¿Qué campo de acción quedaba a los laicos sino vivir en torno a la Iglesia y al párroco?

b) *Costumbres tribales*: La dependencia total de los fieles respecto del clero se veía reforzada por el carácter social y tribal de los beduinos, allí donde existía, como en Jordania. Pero incluso fuera de los ambientes beduinos regía habitualmente el sistema tribal o familiar, en el que cada familia o tribu tenía su jefe indiscutido, al que escuchaban y seguían en todo. Quedaba poco espacio para la libertad de movimientos o la iniciativa individual, aún dentro de la misma tribu. Y fuera de ésta, la primera y única autoridad era el párroco con la jerarquía eclesiástica. Se comprende que tal situación no contribuyera precisamente a desarrollar una fe personal, convencida y bien formada, tan necesaria para que los laicos puedan ejercer con libertad su papel específico dentro de la Iglesia.

c) *Un país siempre en guerra*: El régimen de ocupación hacía de este lugar una tierra para ser explotada por el poder dominante y por sus representantes, que no sentían interés alguno hacia el desarrollo y el bien de su población local. Esta se hallaba reducida a sufrir y a servir las ambiciones y crisis del poder extranjero que lo gobernaba. La situación comenzó a cambiar en 1918. No obstante, si es verdad que con el régimen del Mandato Británico llegaron tiempos nuevos, como veremos posteriormente, también lo es que no todo cambio fue beneficioso, pues nació entonces un largo periodo de disturbios, desórdenes y guerras que dura hasta nuestros días. Y si el mundo entero se declara cansado de tan trágicas noticias, ¡cuánto más lo estarán los que las viven!

El régimen del “*Statu Quo*”; decidido por el poder turco y confirmado por el Mandato Británico, continuaba dueño de la situación. Por esto, la autoridad eclesiástica seguía siendo, no obstante algunos cambios, la única fuerza y esperanza de defensa para los fieles, en su lucha por salvaguardar sus derechos. Esta realidad se prolongará hasta nuestros días, con altibajos según las circunstancias. Basta mencionar hasta qué punto el Patriarca Latino actual de Jerusalén ha sido, desde 1988, la única voz autorizada y escuchada capaz de hablar de los derechos y de las injusticias que sufre su pueblo. Y debo añadir, a modo de paréntesis, que una consecuencia de la situación actual es la fragmentación de las diócesis, que ocupan *territorios bajo autoridades políticas diversas* y frecuentemente en conflicto o en guerra. Esto, naturalmente, crea continuas dificultades al gobierno de la Iglesia.

2) Elementos eclesiales

a) *Cristianos en minoría*: Antes que nada, quiero llamar la atención sobre la condición minoritaria en que viven los cristianos de Tierra Santa. No se trata, ciertamente, de una minoría católica en el seno de una mayoría cristiana, sino de una minoría cristiana frente a una mayoría general no cristiana, hebrea y musulmana. Me pregunto si les es posible imaginar lo que significa vivir formando parte de una minoría del 2% en medio de un 98% de musulmanes o hebreos. Esta circunstancia se traduce en impresiones vitales como:

- verse aplastados por una fe, una sociedad, un poder y unos medios de comunicación que *no hablan el mismo lenguaje*;

- sentirse extranjeros en su propia tierra, a pesar de ser la Tierra Santa la cuna de nuestra fe cristiana;

- ser frecuentemente considerados como gente que *no pertenece a su propio pueblo*, por el hecho de que los cristianos constituyen mayoría en los países de

Occidente y de las Américas, y éstas son vistas como civilizaciones ajenas y a veces antagónicas;

- saberse excluidos en la toma de 1as decisiones del propio pueblo, por ser una minoría tan pequeña que no tiene posibilidad de acceso consistente a los cargos públicos;

- verse en inferioridad de condiciones para la educación y las prácticas religiosas, así como no disponer de las mismas facilidades de las otras confesiones.

El Occidente, que vive en un ambiente de mayoría cristiana desde hace mucho, no logra percibir aún el significado de este elemento. Quizá la actual penetración hebrea y, más aún, musulmana, comienzan a abrirnos los ojos y a mover las conciencias para comprender mejor qué significa vivir en minoría.

b) *Cristianos divididos en varias Iglesias*: Esta minoría cristiana, que pertenece generalmente al mismo pueblo árabe-palestino, se halla además dividida en varias Iglesias distintas por elementos históricos, religiosos y culturales. De hecho, existen varias iglesias cristianas oficialmente reconocidas: la Iglesia católica, cinco Iglesias ortodoxas y dos Iglesias protestantes. Las dos más importantes en cuanto a número de fieles son la Católica y la Greco-Ortodoxa. Por desgracia, ciertos acontecimientos históricos han llevado a que se consideraran rivales y antagonistas, como puede verse fácilmente en los dos Lugares Santos más importantes, hasta desembocar en la existencia de varias jerarquías con fieles de mentalidades diversas, que se miran con desconfianza, en actitud de defensa cuando no de partido, de orgullo y de confrontación.

Esto, naturalmente, ha favorecido el espíritu de “clan” en detrimento del espíritu de Cristo. Hemos sufrido tanto en el pasado, y también en el presente, que algunos lo sienten vivo todavía, aunque en forma latente y atenuada.

Por otra parte, para no desviarnos de nuestro tema, interesa tener en cuenta que las varias Iglesias Católicas, Ortodoxas y Protestantes poseen un enfoque diferente respecto a la participación y el papel de los laicos en la administración y el trabajo de la Iglesia. Dado que no se pueden ignorar tales diferencias, volveré más tarde sobre este punto.

c) *Católicos de varios ritos y jurisdicciones*: Más aún que la división mencionada, los fieles se resienten del hecho de que la misma Iglesia Católica se halle repartida en Comunidades que, aunque formando parte de la misma Iglesia, se distinguen por su rito y jerarquía, hasta llegar a parecer, por desgracia, Iglesias diversas y rivales... ¡Otro escándalo en el seno del escándalo de la división! Se han hecho muchos esfuerzos por todas las partes para lograr el acercamiento, mediante una mayor comprensión y colaboración, pero no puedo negar que sufrimos aún los restos de esa mentalidad del pasado.

De algún modo, coma decía, los laicos se resienten de los efectos de esta dolorosa situación y la sufren como una nota más que caracteriza a nuestra Iglesia Madre en Jerusalén. ¡Quizá lo ha permitido Dios, precisamente en la Iglesia de Tierra Santa, para que no olvidemos que es Él quien reúne a los diversos miembros de la humanidad en la misma Sangre preciosísima de Cristo, hasta alcanzar la unidad última en Cristo mismo! *¡Ta1 paradoja llena 1a enseñanza de Cristo y la vida de la Iglesia!*

d) *Cristianos con dimensión internacional*: Se trata de otra característica importante, que no debemos ignorar al hablar de la Iglesia en Jerusalén.

- Es 1a tierra de los Lugares Santos: además de patria del pueblo que la habita y que podemos llamar palestino, sea cual sea su origen (por el nombre tan conocido: Palestina), es también patria espiritual de todos los cristianos. Los lugares santificados por el nacimiento, vida, enseñanzas, pasión, muerte y resurrección de Cristo y de sus Apóstoles, tras la larga historia sagrada del Antiguo Testamento, han hecho de esta tierra (y por tanto de su Iglesia) una tierra de toda la humanidad. Y ello porque es la tierra de Dios. Baste recordar dos pasajes de la Sagrada Escritura:

“E1 Señor ha elegido a Sión, la ha querido para su morada. ‘Este es mi reposo por siempre; aquí habitaré, porque así lo he deseado’ ” (Psal 131, 13-14).

“Y de Sión se dirá: ‘este hombre y aquel han nacido en ella’. E1 propio Altísimo la erigió. E1 Señor escribirá en e1 registro de 1os pueblos: ‘Este ha nacido allí’ ” (Psal 86, 5-6).

Tal dimensión otorga un nuevo significado peculiar a la convivencia de fieles de las tres religiones monoteístas: hebreos, cristianos y musulmanes. Un cristiano no puede ignorar esta realidad, que ilustra la misión particular, local y mundial, de Jerusalén y de la Tierra Santa.

- *Tierra de peregrinos y de turistas*: La presencia de los Lugares Santos siempre han atraído, desde todas las partes del mundo, a cristianos, hebreos y musulmanes deseosos de visitar los propios orígenes para beber en las fuentes de su fe y alcanzar una renovación espiritual y religiosa.

Nuestra Iglesia aprecia los beneficios temporales y espirituales que de ahí se derivan, pero a la vez debe hacer frente al grandísimo flujo de peregrinos con una pastoral adecuada. Estamos agradecidos a las personas, sacerdotes o laicos, autóctonos o extranjeros, que acompañan a los peregrinos, aún cuando con frecuencia carecen de los requisitos que exige una pastoral integral.

Algunos de estos peregrinos y turistas se transforman, a veces, en peregrinos estables o emigrantes en búsqueda de trabajo. Así se han ido formando algunas comunidades, de pequeño o gran volumen, que constituyen las Comunidades cristianas extranjeras. Nos sentimos felices de ver en el seno de tales Comunidades a tantos laicos que ejercitan activamente el carisma de su sacerdocio real y que a veces ponen remedio a la falta de suficientes sacerdotes especializados.

- *Iglesias con Jerarquía y clero extranjero*: La historia, junto con la realidad particular de los Lugares Santos que alimenta el fenómeno de la peregrinación, explica que las varias Iglesias actuales en la Tierra Santa tuvieron que comenzar inevitablemente con una jerarquía eclesiástica y con un clero en el que predominaba el elemento exterior, a pesar de que el pueblo cristiano, aunque minoritario, estuviese formado por fieles autóctonos. Eso ha favorecido la idea de la Iglesia como una Comunidad extranjera no local.

- Por otra parte, el flujo de las *numerosas congregaciones religiosas*, llamadas o, más frecuentemente, deseosas de poner un pie en Tierra Santa, ha reforzado, junto con los otros elementos mencionados, la realidad de una Iglesia que podríamos denominar “*extranjera*”, sobre todo cuando ciertas congregaciones con fines determinados, al sentirse desanimadas por la dificultad de la lengua árabe, se han encerrado en sí mismas, sin interesarse o sin lograr adaptarse a la vida de la

Iglesia local. En favor de dichas congregaciones quiero destacar la riqueza espiritual, la fuerza y el bien inestimables que proporcionan a la Iglesia en Tierra Santa. A la vez, podrían hacer mucho más, valorando la importancia de la vida cristiana en la Tierra del Señor, para colaborar y coordinar sus actividades pastorales con la autoridad eclesiástica local. Se lograría así más fácilmente ofrecer el testimonio de una Iglesia unida, fuerte y eficaz, en lugar de contribuir a la impresión de una Iglesia dividida en sectores.

III - Despertar y toma de conciencia actual: e1 Sínodo diocesano

De lo dicho hasta ahora no debemos recabar una idea negativa o pesimista sobre la Iglesia en Tierra Santa. Del mismo modo que no sería acertado negar las huellas de la historia pasada, tampoco lo sería ignorar el efecto positivo que estas circunstancias han tenido, gracias al soplo del Espíritu Santo, en la renovación de la Iglesia y en su comportamiento, especialmente durante la segunda mitad del siglo pasado. Se han dado muchos pasos adelante, a todos los niveles, incluido el del papel de los laicos.

El periodo del "*Mandato Británico*" (1918-1948) introdujo, a pesar de sus altibajos y aspectos negativos, un nuevo estilo de vida en la sociedad. Los campos de la instrucción, de la cultura y de la educación comenzaron a abrirse lentamente para el pueblo, que fue favorecido con mayores posibilidades de trabajo según el sistema avanzado de la Gran Bretaña. La nueva generación encontró mejores recursos para su promoción y madurez intelectual o humana. Muchas viejas costumbres sociales desaparecieron ante la fuerza de la razón y del pensamiento.

Aunque apegada todavía a la Jerarquía y a las instituciones eclesiásticas, la nueva generación fue tomando conciencia de su pertenencia a la Iglesia, y desarrolló paulatinamente un espíritu crítico que le llevaría a sentir vergüenza y escándalo ante la división. Los laicos, con mayor o menor razón, comienzan a abrir los ojos y hacen oír su voz a sus pastores, que a su vez se preocupan de seguir con atención la reacción de los fieles.

En esta nueva toma de conciencia influirían también las difíciles y duras situaciones políticas y sociales que tuvieron lugar durante y después del Mandato Británico: recordemos, por ejemplo, la creación del Estado de Israel, la guerra árabe-hebrea o árabe-israelí, la sucesión de regímenes árabes en los territorios palestinos, la ocupación, la primera y segunda intifada, etc. Y esto sin olvidar el surgir de los fundamentalismos musulmán y hebreo. Naturalmente, también tuvo un influjo decisivo en el despertar de los fieles laicos el gran y providencial acontecimiento eclesial que fue el Concilio Vaticano II.

- La cuestión de la *unificación de 1as fiestas de Navidad y de Pascua* en las diversas Iglesias Cristianas puede servir también de ejemplo: los fieles de un pequeño territorio, especialmente donde la misma familia o tribu acoge a miembros de dos o tres Iglesias diversas, sienten la necesidad de celebrar juntos estas fiestas para mantener su unidad social, en contra de las celosas indicaciones de la jerarquía y a costa, alguna vez, de la unidad de la Iglesia a la que pertenecen.

El tiempo y las circunstancias que fomentaron este espíritu crítico en el seno de la Iglesia han dado pie a una mayor madurez y comprensión de la identidad y del papel de los fieles laicos. Gracias también a la educación y formación que el pueblo fue recibiendo a través de las diversas instituciones, hermandades, asociaciones y

actividades parroquiales, se alcanzó una era de cooperación más constructiva, que culminaría con el "Sínodo Diocesano " de las Iglesias Católicas, concluido el año 2000, el año del Gran Jubileo.

- *El Concilio Ecuménico Vaticano II*, con su movimiento de renovación y de actualización eclesial, dio ciertamente luz verde y un gran impulso al sacerdocio real de los laicos, que se va abriendo paso en el mundo cristiano. Es entonces cuando la Iglesia en Jerusalén, por vez primera, comienza oficialmente a hablar a su clero y a sus fieles, del papel de los laicos en la Iglesia, difundiendo la traducción del decreto conciliar "*Apostolicam actuositatem*" sobre su actividad apostólica y, cosa inaudita en aquel tiempo, tratando de favorecer la idea y la formación del "*Consejo parroquial*", que sobresale como una de las instituciones más importantes y más vistosas en relación con los laicos en la Iglesia. Más tarde volveré sobre este punto.

-*Acercamiento entre las Iglesias*: Como ya dije, las guerras y las duras condiciones sociales en las que viven las Iglesias, han contribuido notablemente a acelerar el acercamiento entre ellas. Obligadas a pensar en la conservación de su "*status*" y derechos, en el bienestar de sus fieles y en la justicia social, tan pisoteada a veces, las Iglesias comienzan a reunirse regularmente para hablar con una misma voz a las autoridades y a los fieles cristianos. El régimen del "*Status quo*", que surgió como una injusticia y constituyó un motivo de sospecha, de rivalidad e incluso de lucha entre las Iglesias, comienza a ser visto como un medio de entendimiento y defensa contra las injerencias en el gobierno eclesiástico. Los muchos acuerdos necesarios, a lo largo de años, para la restauración de la Basílica del Santo Sepulcro terminaron por proporcionar un sistema de entendimiento y de comunicación. A1 acercarse el Gran Jubileo se constituyó una Comisión intereclesial (J.I.C.C., 1995) para prepararlo y celebrarlo conjuntamente; y actualmente los responsables de las Iglesias Católica, Ortodoxa y Protestante en Jerusalén siguen reuniéndose con frecuencia.

- *Colaboración entre las Iglesias Católicas de rito diverso*: tras numerosas sospechas y dudas, el año 1992 se constituyó en Jerusalén la "*Asamblea de los Ordinarios Católicos de Tierra Santa*" (A.O.C.T.S.), es decir, de los representantes de los diversos ritos católicos. Esta asamblea se reúne regularmente en dos sesiones al año para tratar una cuestión principal y varias ordinarias. De este modo, aunque aún despunta de vez en cuando cierta susceptibilidad y animosidad, se logra disminuir las tensiones del pasado en pro de una mayor colaboración y caridad entre los representantes y los fieles de estos ritos. Sinceramente, da alegría precisar que esta mayor colaboración se manifestó con particular éxito en la común celebración del Sínodo diocesano en Tierra Santa, donde la presencia de los laicos fue un elemento decisivo y verdaderamente providencial.

Si he insistido en poner de manifiesto tales hechos, es únicamente porque *han causado un fuerte impacto en el ánimo y en la mentalidad de nuestros fieles*, que han tomado mayor conciencia de su condición de cristianos y del deber de participar activamente en la vida de la Iglesia. Esto me da ocasión para hablar sobre el principal acontecimiento eclesial de los tiempos recientes en Jerusalén: el *Sínodo diocesano*.

- E1 "*Sínodo diocesano*" de *las Iglesias Católicas en Tierra Santa*: Su Beatitud el Patriarca Latino de Jerusalén, al poco tiempo de su acceso a la sede patriarcal de la Ciudad Santa en 1988, comenzó a mencionar a sus colaboradores la posibilidad de convocar un sínodo diocesano para la Iglesia en Jerusalén, como el mejor modo de preparar un plan de trabajo pastoral. Tras varias iniciativas fallidas,

se decidió convocar el Sínodo en 1991. Se trataba de una aventura maravillosa y providencial, pero a la vez dura y costosa por la falta de experiencia en este campo. Comenzó discretamente la preparación remota, para la cual fue decisiva la actuación de varios laicos escogidos particularmente entre los profesores de la Universidad de Belén.

Muy pronto llegó la voz a los demás obispos católicos de Tierra Santa, los cuales manifestaron el deseo de asociarse con nosotros. Finalmente, y tras una larga preparación, se celebró la apertura oficial del Sínodo el 3 de junio de 1995, en el patio del seminario patriarcal de Beit Jala, junto a Belén, con la participación de todos los obispos católicos y en presencia de varios representantes de otras Iglesias, así como de una multitud de cinco mil fieles. Resultó una gran fiesta eclesial, profundamente vivida y celebrada con tanta alegría y entusiasmo que se vio conveniente repetirla en Nazaret y en Ammán, para permitir la participación del mayor número posible de fieles. Desde entonces, el trabajo prosiguió, privadamente unas veces, públicamente otras, con momentos de gozo y de tribulación, con paso seguro y a la vez titubeante, hasta concluirse finalmente en Belén con la gran "*Asamblea General*", en la que participaron unas 300 personas, laicas en su mayoría, que representaban a todos los ritos, categorías y regiones.

En esta "*Asamblea General*" (que tuvo lugar del 8 al 12 de febrero del 2000) predominó el ambiente de la "*Primera Comunidad Cristiana*" de Jerusalén. Fue una verdadera "*Pentecostés*" donde el Espíritu del Señor manifestó fuertemente su presencia entre nosotros.

Nunca daremos suficientes gracias a Dios por el fruto más grande y bello de este Sínodo: el "*descubrimiento de1 laicado*". Los laicos sorprendieron a todos los responsables, ejercitando a lo largo del camino sinodal y, particularmente, durante la Asamblea General, una participación asidua y eficaz, un empeño serio, una preocupación eclesial sin miras materiales ni intereses personales, sino con un decidido espíritu de verdadera y auténtica renovación eclesial.

Al término del Sínodo, para no perder sus efectos positivos y secundar el sopro del Espíritu, así como para mantener vivo el entusiasmo e interés de los laicos que participaron, la Asamblea de los Ordinarios decidió crear un "*Comité Pastoral Católico*" que representara a todos, que siguiera caminando y velara, bajo la mirada atenta de los obispos, por la ejecución de las decisiones acordadas. Este comité de 75 miembros está compuesto por una mayoría de laicos, hombres y mujeres, que han celebrado ya, en el año 2001, dos reuniones ordinarias para tratar diversos temas de pastoral común a todos los ritos, según lo previsto en el "*Plan Pastoral*" del Sínodo. Me limitaré a mencionar brevemente algunas cuestiones tratadas, para dar una idea de su progreso.

1) *E1 Consejo parroquial*: Como es bien sabido, en nuestro Oriente Medio, la Iglesia Católica vive en estrecha proximidad con las Iglesias Ortodoxa y Protestante. Por tanto conoce su experiencia respecto a los comités parroquiales y diocesanos. Y parte de esta experiencia es que, con frecuencia, las exageraciones e injerencias de los laicos en el trabajo de los párrocos y del obispo terminan por reducir a éstos al papel de meros empleados. Por el contrario, en la Iglesia Católica, los ministros ordenados son y deben seguir siendo, como ya se ha mencionado, la cabeza responsable que dirige la comunidad cristiana. Ante esa experiencia negativa, el clero fue adquiriendo prejuicios y sospechas, hasta llegar a ver muy difícil y peligrosa esta institución, ya que los laicos podrían manifestarse ávidos de entrometerse y de influir desordenadamente en el gobierno de la Iglesia.

Ante tales temores, se alza con gran interés la experiencia obtenida en algunas parroquias, al cabo del tiempo transcurrido. Se ha comprobado que la intención general es verdaderamente recta y considera el Consejo realmente como un órgano de valor consultivo, al menos en los puntos típicamente eclesiásticos, limitándose a ayudar al párroco en la dirección de su parroquia. Todos lo conciben como un comité verdaderamente representativo de los fieles y manifiestan un auténtico espíritu de servicio, para lograr un mejor funcionamiento de la parroquia. Se ha evitado al máximo caer en la fácil tendencia de transformarlo en un comité tribal, con mentalidad de clan o de simple representación.

2) *El Consejo para la misión de los laicos*: Se encuentra en estudio un proyecto de estatuto para la constitución de un Consejo Católico para los laicos, como ya existe en otras diócesis, en dependencia del "Pontificio Consejo para los Laicos" de Roma. El proyecto se halla aún en los inicios, pero existe la voluntad de llevarlo a término con el estudio y la preparación debida.

3) *El Diaconado permanente*: el Diaconado permanente se ejerce ya en las Iglesias de rito oriental. Ahora falta estudiar si es conveniente para nuestra Iglesia de rito latino, que hasta hoy ha preferido posponer su aplicación. Varias razones aconsejaban esta postura: por una parte, el elevado número de vocaciones sacerdotales y por otra, la insuficiente preparación de los raros candidatos posibles, así como la actitud negativa de los fieles. Tras estudiar la experiencia de otras naciones, se ha sometido un estudio inicial a la consideración del Comité Pastoral y de los párrocos, pidiéndoles observaciones y sugerencias. Seguiremos su realización en la diócesis con mucha atención.

De momento estamos en condiciones de iniciar la introducción de los *Ministerios laicales*: del *Lectorado*, del *Acolitado*, de la *Eucaristía*, de los *enfermos*, de la *familia*, etc. Y allí donde los fieles estén dispuestos a aceptarlo, no se hará distinción entre hombres y mujeres.

4) *Otras cuestiones*:

a) *El papel de la mujer en la Iglesia*: recuerdo que me resultó muy interesante, en un grupo de estudio sobre este punto durante una reunión a finales de noviembre de 2001, oír a las mujeres hablar de ello con seriedad. No desean ni el sacerdocio ni el diaconado, pero quieren ver a la mujer ejercitar sus talentos en papeles que exigen competencia. Aprecian también la diferencia entre la actitud razonable, sana y positiva del Evangelio, y el comportamiento supersticioso de nuestra sociedad, que sitúa a la mujer en un nivel inferior.

b) *La información y el uso de los medios de comunicación social*, donde los laicos pueden ser muy eficaces.

c) *Los movimientos juveniles*.

d) *Asociaciones y Hermandades*, especialmente de mujeres, etc.

Se están sometiendo a estudio todas estas actividades parroquiales o diocesanas porque necesitan ser reanimadas con una nueva vitalidad.

Conclusión: "Duc in altum"

Como se ve, aún no hemos llegado al término del camino. Tanto los laicos como el clero apenas comienzan a despertarse y a apreciar la importancia y la oportunidad del recurso al sacerdocio real de los laicos.

Estamos haciendo serios esfuerzos en esa dirección. Si es cierto que no sentimos la desazón del profeta Elías en su misión ante Jezabel y Acab, también lo es que, como el profeta, necesitamos que el Señor nos mande a su ángel para fortalecernos: "*Vino de nuevo el ángel de1 Señor, lo tocó y le dijo: ‘Levántate y come porque e1 camino es demasiado largo para ti’*" (1Re 19,7). El descubrimiento del laicado, que ha sido tantas veces una fuerza edificante para impulsar al clero en su camino, será para nosotros el pan y el agua que Dios nos envía para que nos levantemos y nos pongamos en camino hacia el monte de Dios, el Oreb.

Sabemos que nuestro camino será lento, largo y alguna vez titubeante, pero estamos convencidos de que el Espíritu de Dios nos acompañará para que lleguemos con paso decidido hasta el final de un sendero ya irreversible. No podemos dar marcha atrás cuando nuestro pueblo está dispuesto a adelantarnos.

"*Duc in altum*" (Lc 5,4) "*Boga mar adentro*" le dijo el Señor a Simón Pedro. El Señor confía a nuestro cuidado una joya y un tesoro, es decir, un laicado bien dispuesto que procede de un pueblo bueno y sinceramente religioso. El laicado en la Tierra Santa –y, estoy seguro, también en todo el mundo, que hoy siente tanta hambre y sed del rostro de Cristo– se presenta ante nosotros, los responsables, como una puerta abierta hacia el futuro, hacia una Iglesia actualizada, fortalecida, rejuvenecida, llena de fervor, de dedicación y de amor en su caminar tras las huellas de Cristo. Ha demostrado ser más libre que nosotros, los clérigos, para cruzar las fronteras de la mentalidad clerical en el terreno de la cultura, de la forma, del rito y de ciertas actitudes algo encallecidas. No podemos decepcionar al laicado. Es nuestro deber aprovecharlo al máximo, sin derrocharlo y, menos aún, perderlo por los senderos de nuestras dudas o temores, antes de que venga el Señor a pedirnos cuenta.

Los tres Evangelistas Sinópticos nos han transmitido el siguiente episodio. Un día, mientras Jesús recorría las calles de la Judea, y después de abrazar a los niños destinados al reino de los Cielos, ve que un joven viene corriendo y "*arrodillado ante él*" le pregunta cuál es la vía de la perfección y de la vida eterna. "*Entonces Jesús, fijó en él su mirada y quedó prendado. Y le dijo: –Una cosa te falta: Anda, vende todo lo que posees y dáselo a 1os pobres, y tendrás un tesoro en e1 cielo. Luego, ven y sígueme. Pero él, afligido por estas palabras, se marchó triste, porque tenía muchas posesiones*" (Mc 10,17-22; cfr. también Mt I 9,16-22; Lc 18,18-23).

No permita Dios que vivamos esta escena al revés. Que nuestra susceptibilidad y temores no nos lleven nunca a entristecer al Señor por haber decepcionado y desviado de su servicio a tantos jóvenes y laicos que se presentan con verdadero fervor... Queremos reconocer los signos de los tiempos. Por eso, con el Santo Padre y siguiendo a San Agustín, mi última invocación será: "*Iglesia de1 tercer Milenio, ¡canta y camina!*"